

411  
23

## OVACION

La Universidad la presentaba el aspecto de un gran hogar intelectual, como lo anhelaba alguna vez su ilustre Rector. La intimidad —ese suave calor psíquico que hace que maestro y alumno no sean dos cuerpos de hielo vis á vis, sino dos flamas que se buscan y se unen en perenne llamarada— ha acrecido y juntado á todos en fiesta sencilla, solemne y severa. Hemos soconorcio ha sido ese, por ser consorcio de almas, y de almas entradas unas ya en "la potente madurez de otoño" y otras sonreídas aún en el florecimiento de la primavera.

Una figura simpática—espíritu amplio, libre de las desconfianzas y estrecheces hoscas del misonista—era la que concentraba todos los afectos, á la manera que un foco, todas las luces, y una cumbre, todos los vértices. Jorge Polar era esa figura, ese espíritu. Cumbre moral de la juventud, le llamó no sé quien.

La pléyade universitaria, vanguardia siempre de todas las pléyades juveniles, iba á ovacionar—explosionando en su marasmo—al más querido maestro, al que siente más cerca de ella, al que ha comprendido mejor su alma, su momento psicológico. A todos quiere ella y todos la quieren tal vez; pero ninguno como Polar ha ahondado su psiquis, sin lastimarla, sin alborotarse por sus hiperestésias dolorosas y raras y sus correcciones atrevidas, rebeldes é innovadoras.

Y ¡qué hermosa resultó la sencilla fiesta! El cariño fué en ella como general sugestión hipnótica y la gratitud como antelia que en su halo envolviese todo. De prisa, como ocupado, pero fiel *chroniqueur*, tentaré describirla.

¡Qué la pluma vuele!

Eran las dos de la tarde.

El salón universitario, de tapices rojos, exuberaba en selecta concurrencia.

La púrpura de los muros formaba contraste—que tenía algo de solemne—con la ola negra de los vestidos. Impacientes cabezas jóvenes se movían, entremezcladas con otras austeras, rígidas, de hombres ya reposados. En los inulidos sillones carmesíes se destacaban los serios rostros de catedráticos, miembros del foro, Municipales, prensa, ... de otras instituciones de cultura. De súbito, culminando entre una comisión de alumnos, presentóse el joven, el querido Rector. El prolongado trueno de un unánime aplauso recorrió, espacióse, perdióse al fin, por toda la sala, y apagándolo, como un desborde de música que lo inundare, la banda del *Canta* rompió en las eléctricas notas del himno patrio. La concurrencia se había puesto inconscientemente de pie. ....

Se hizo el silencio, y el Catedrático Secretario de la Universidad con voz clara, firme, leyó la expresiva nota—que hasta para un título de gloria y orgullo—en la que ciento y tantos alumnos ofrecían a su Rector la áurea medalla, símbolo de cariño, homenaje de recompensa, por el impulso impreso á los hasta no ha mucho atáxicos, estudios superiores, que ojalá cada día huelan más á juventud y rosas, á ciencia positiva y arte libre.

Apenas pronunciado el último nombre de los firmantes, Monseñor Pórcel, el sacerdote venerando y austero, púsose de pie, en actitud imperativa, y empezó á hablar solemne, reposado, grave. Era el elegido por los alumnos para condonar al maestro. Sus frases se soltaban enérgicas, rotundas, firmes, como intermitente serie de zafetas que se precipitaron de lo alto, con fuerza, á clavar-se hondo, muy hondo. El silencio de momento en momento parecía hacerse más solemne. La atención toda concentrábase en esas dos tan simpáticas, tan interesantes figuras: el austero sacerdote, el viejo maestro prendiendo, con mano trémula, la medalla de oro so-

bre el pecho del filósofo laico, del maestro joven.....

Polar estaba intensamente pálido, emocionadísimo, vibrante, como presa de un calofrío nervioso. La descarga emotiva había golpeado, golpeaba, sin dudar, brusca y fuerte, la noble viscera, delicada, dolorosamente susceptible, como de poeta, de artista, de refinado. La glotis se le entraba, los ojos se le humedecían.....Al fin rompió: "me siento profundamente conmovido, algo más me siento profundamente feliz; que Dios pague el bien que me haceis"..... Y la emoción volvió a cortar la frase; los aplausos estallaron y la banda del *Canta* explotó en una tocata alborozadora, loca.....¡Cuántas impresiones, cuántas sensaciones actuaron y reaccionaron en los nervios!

Polar, ya dueño de sí, dominándose plenamente, continuó; y sus frases eran una lluvia de flores, como guirnaldas de rosas que, arrojadas en el aire se desataran. Perfume tenían ellas, el perfume del sentimiento; tenían polen, el polen de la idea, cálida aún. ¡Cómo se conocía que brotaban de adentro, de muy adentro del criadero psíquico!

La última faceta de la frase modernista de Polar se había esfumado, su última nota cristalina de lira nueva se había perdido, y el salón volvió a inundarse en un estruendo de aplausos, de música, estruendo herido por decirlo así, por el interminable traqueteo de los cohetillos.....El humo vago, azulado de éstos penetraba por puertas y ventanas, invadiendo lentamente la sala, envolviendo empíreamente a la concurrencia—rigurosamente vestida de negro—en una niebla albar, sutil, que se esfumaba.....¿Quién no vislumbró la apoteosis?

La actuación había terminado. Todos abrazaban al ovacionado maestro..... Por fin, acompañándolo, dirigióse la nu-

merosísima concurrencia a su casa, seguida siempre por la banda del *Canta* que no cesaba de hacer vibrar las ondas sonoras.

Y ahí, en el elegante salón se charlotearon breves minutos y libóse la primera copa bohémicamente. Después, pasóse al comedor—al refectorio iba a decir, por lo bien servido—Polar quería agasajar a sus compañeros de cátedra y a sus jóvenes, como él los llama, y el lunch resultó deliciosísimo. Nada de estiramientos de etiqueta, nada de disimulos de agapes oficiales. Y entre plato y plato y copa y copa, el humor se desbordaba, juguetaba, travesaba, se reía.....¡Y qué brindis! Belisario Calle derrochó su talento, todo mérito, de cerebro potente; Cayetano Sánchez vertió el reguero de sus trases pintorescas, plásticas, sin que el granizo de los años haya alcanzado a nevarlas; Montesiños, Montoya, Cornejo.....¡cuántos más! Hasta Tacna, la legendaria cautiva, a la que Polar alguna vez dedicó frases enérgicas, vibrantes, calientes en el fuego de la Patria, tuvo su representante: Carlos Ledgerl, el ex-director de *La Revista Literaria* de Iquique.

Así entre los acuerdos de la música, los charloteos íntimos, los calambures de ingenio, los brindis, las risas, trascurrieron las horas no sentidas. ¡Cómo pasaron!

Eran las seis de la tarde, cuando la gozosa concurrencia dispersóse. Las sombras del crepúsculo esfumaban las últimas claridades del sol. El ocaso era un incendio de celajes. Nubecillas sonrosadas atravesaban el zenit. Así fué la hora del último abrazo de los alumnos al maestro y del maestro a los alumnos.

Hermosa fiesta fué aquella. Ni un comentario más traza mi pluma.

Francisco Montayo.

*La Bala "Caro" 1899  
9 Mayo*